CONFERENCIAS

SOBRE HISTORIA ECLESIASTICA
PREDICADAS EN EL

Templo de Sta. Mónica

DE ESTA CIUDAD, POR EL SR. PRESBITERO BR.

D. JOSE SALOMÉ GUTIÉRREZ.

(PROPIEDAD DEL SEMINARIO)

GUADALAJARA
TIPOGRAFIA DE "EL REGIONAL".—D. JUAN MANUEL Y ALHONDIGA.
1908.

la sintetiza en estas palabras:—"La política cruel y ambiciosa de este rey mudó las máximas del gobierno antiguo. Ya se acabaron aquellos judíos dueños de su suerte en el dilatado imperio de los Persas y de los primeros Seleucos, donde tenían asegurada una vida apacible. Herodes, que los tiene inmediatamente sujetos á su poder, turba todas las cosas; confunde á su arbitrio la sucesión de los pontífices; debilita el pontificado y lo hace arbitrario; enerva la autoridad del consejo de la nación sin dejarle facultad alguna; toda la potestad pública está en las manos de Herodes y de los romanos cuyo esclavo es; y él desquicia así los principales fundamentos de la república judaica. Los soberbios fariseos y el pueblo obcecado, que sólo á sus propios sentimientos ó mociones sensitivas daban oídos, llevaban ese estado con impaciencia, sin reconocer la mano de Dios que para su enmienda los corregía y castigaba. Cuanto más se sentían oprimidos del yugo de los gentiles, tanto mayor era el desprecio y mortal odio que concebían contra ellos. Ya no quisieron Mesías que no fuese osado, guerrero y formidable á las humanas potencias que los tenían cautivos. Así, olvidando tantas profecías divinas que les hablaban de sus humillaciones, no tuvieron ya ojos ni oídos, sino sólo para las que les anunciaban triunfos, aunque muy diferentes de los que ellos querían.»

Si tal era el ánimo de los fariseos y del pueblo en aquel reinado ¿cuál sería después, bajo los hijos de Herodes y el Gobierno de los procónsules, enviados por los emperadores romanos?—El Sanedrín había sido ya despojado de la autoridad judicial y sus setenta miembros eran doctores, pero no jueces; privados fueron del derecho de espada, lo cual era inaudito, pues, lo habían tenido siempre, aun en la cautividad de Babilonia. Para dar muerte á Jesucristo se vieron obligados á recurrir á Pilatos y á clamar: "Nosotros no tenemos derecho para imponer la pena de muerte á nadie." (*Nobis non licet occidere quemquam*); y, por confesión de ellos mismos, no tenían otro rey que el Cesar: *Non habemus regem, nisi Cesarem.* Tantas circunstancias, profetizadas todas, determinaban claramente el tiempo de la aparición del Mesías, que era esperado con ansiedad impaciente; pero no pobre y humilde, sino libertador y dominador, para el restablecimiento del reino de Israel, oprimido y tributario.

De esta manera la condición política se convertía en una fuerza de oposición tenaz é inquebrantable, en trabazón estrechísima con el estado religioso del pueblo, no menos lastimoso que la primera. Dividido en sectas, más ó menos numerosas cada una haría en la esfera de su actividad, guerra á Cristo y á su Iglesia. Los Esenios, viviendo solitarios en los desiertos, poca influencia tenían; no así los Saduceos que compenetraban la masa popular con la funesta levadura de gravísimos errores, negando la inmortalidad del alma, las penas y las recompensas de la eternidad, y que eran sin embargo admitidos en las sinagogas, donde se explicaban las Santas Escrituras, aunque no reconocían género alguno de tradición y profesaban el libre examen. De otra parte, ellos, como los Herodianos, aceptaban la dominación romana y eran odiados de los Fariseos, la secta más poderosa é influente, representante de la legalidad, celadora de la independencia nacional y de la escrupulosa observancia de la Ley.—Llenos de soberbia, se atribuían á sí mismos los dones de Dios ó los recibían como el pago de una deuda y no como gracia; el ser hijos de Abraham según la sangre, los henchía de orgulloso desdén hacia los gentiles; pero la rigidez de su conducta, la severidad de sus costumbres los elevaban en el concepto del pueblo, que tomaba por sólidas y verdaderas aquellas severidad y extremada rigidez, que eran sólo aparentes en los más de ellos: sepulcros blanqueados--como los llamó Jesucristo--hermosos por de fuera, y llenos dentro de corrupción. Empero, no faltaban fariseos de virtud sincera y de corazón recto, como José Nicodemo y Gamaliel. Esta secta, confundiendo las tradiciones verdaderas con las falsas, multiplicó los ritos y las ceremonias, adulteró los preceptos, perdió el sentido de las profecías é introdujo en las muchedumbres modos nuevos de practicar la religión y máximas ajenas á la Ley. Hipócritas como eran, su rostro demacrado por el ayuno, sus largas oraciones, hechas de pié en las esquinas de las calles, sus limosnas ostentosas y públicas, el llevar

los mandamientos escritos en la orla de sus mantos, les atraía suma consideración y respeto, con grande autoridad sobre el pueblo: preponderaban así y dominaban en el orden político y en el orden religioso: eran la fuerza mayor que poseían entonces los judíos.

Reunidos tantos elementos de pugna contra Jesucristo, se palpa el por qué de la resistencia judaica, frenética, desesperada y permanente. Los judíos no recibirían por Mesías sino á quien triunfara del poder romano y diera á la nación días de gloria; y Jesucristo dice que su reino no es de este mundo: los fariseos y el pueblo odian á los gentiles, y Jesucristo los llama con amorosas voces, así como, con espantable palabra, reprueba á los fariseos y anuncia la total ruina del pueblo, el asedio de Jerusalén por ejércitos paganos y que del templo, que debería ser más glorioso que el primero, no quedaría piedra sobre piedra: tenidos por celadores de la Ley y de las paternas tradiciones, Jesucristo los reprende públicamente de hipócritas, que no tocaban ni con un dedo la carga que á los demás imponían. - Llegada la efervescencia á su último grado, la explosión popular preparada por los fariseos sería de odio á Jesucristo, por razón de estado y por motivos religiosos. Al decir el Pontífice: "Es mejor que muera *uno* y no que perezca todo el pueblo", bien que profetizó como sacerdote de aquel año, expresó también, según lo expuesto, cuánto importaba salvar la nacionalidad judaica, sacrificando á Jesucristo, profeta de desastres para ellos y de gloria para los gentiles.

El pueblo todo estaba en tan singular modo vacilante respecto de la divinidad de Jesucristo, á pesar de los milagros, que no lo conocieron como Hijo de Dios; pues, si lo conocieran—dice S. Pablo—no lo habrían crucificado. Después de la multiplicación de los panes, decía el Salvador á las turbas: «me seguís porque os dí pan, mas no porque en mí creéis», y el Santo Evangelio compendia todo en estas palabras: «ni aun sus hermanos creían en El». Cuando algún milagro los llenaba de estupor, se apoderaba de ellos el entusiasmo y pretendían coronarlo Rey; pero cuando se llamaba Hijo de Dios, querían despeñarlo ó apedrearlo, aun en el mismo templo. No comprendían al Mesías en forma de siervo y pagando el tributo al Cesar; por eso las palabras de Jesucristo eran incomprensibles para los Apóstoles, siempre que les hablaba de humillaciones y tormentos y de ser entregado á los gentiles para sufrir muerte de cruz: ellos, no por los motivos que los fariseos, llevaban en su alma la ofuscación producida por las falsas interpretaciones de las profecías, y vemos á María Salomé pedir para sus hijos Juan y Santiago los primeros lugares del reino; á otros Apóstoles, ya en camino hacia el Huerto, disputar sobre cuál de ellos sería el mayor, y todavía después de la pasión y de que resucitado el Señor les había hablado por espacio de cuarenta días del *Reino de Dios*, y ya para ascender El á los cielos, le preguntan los Apóstoles y los que se habían unido á ellos: "Dínos, Señor, si en este tiempo restablecerás el Reino de Israel" (Act. Apost. I.--16); como insinuándose así:—El cetro de Judá ha pasado á manos de un extranjero, el Reino de David no existe ya, porque es hoy una Provincia romana: tenemos promesa del Padre de que este reino será restablecido: ¿ha llegado el tiempo de que el cetro le sea restituido á la casa de Israel? En tí se han cumplido ya las profecías referentes á tus ignominias y á tu muerte: todo está consumado: ¿ahora se cumplirán las que hablan del restablecimiento del Reino?..... ¡Tan honda y profundamente grabada en sus corazones se hallaba aquella interpretación general que ofrecía un Mesías que reinase para engrandecimiento de la Nación!—

Y, si los Apóstoles llamados nominalmente por Jesucristo, sus compañeros durante su vida pública, instruídos personalmente por El mismo antes y después de la Resurrección y que habían de ser los maestros y la luz del mundo, aun no comprendían las Escrituras; ¿qué pensar de los ciegos Doctores de la Ley, de Fariseos y Saduceos y del pueblo en general, ya reprobados, por haber caído sobre ellos y sus hijos la sangre del Justo?

Creo suficientemente demostrado que las resistencias judaicas, debido á las circunstancias que les son peculiares, superan en mucho á las resistencias paganas; y ved que nada ha logrado vencerlas: ni los castigos, de Dios ni los llamamientos de la Iglesia.

¿Qué castigo se vió ni jamás se verá tan espantoso como el castigo de la deicida Jerusalén?—Las amenazas de Jesucristo se cumplirían en aquella misma generación, pero la divina piedad la advertiría de la proximidad del castigo, á fin de que pudiese evitarlas.—Es tradición constante, testificada en su Talmud—dice el Sr. Bossuet —y confirmada por todos sus rabinos, que cuarenta años antes de la ruina de Jerusalén.... se veían constantemente en el templo cosas extrañas. Todos los días se dejaban allí ver nuevos prodigios, de suerte que un famoso rabino (*Johanán*) exclamó un día: *¡Oh templo! oh templo! ¿quién es el que te mueve y por qué tú á tí mismo te llenas de temor?*"

"¿Qué cosa hay más notada que aquel ruído espantoso que fué oído en el santuario el día de Pentecostés, y aquella voz clara que salió de lo interior de aquel lugar sagrado: *Salgamos de aquí, salgamos de aquí?*—Los santos ángeles protectores del templo.... lo abandonaban, porque Dios.... lo había reprobado.»—Lo refieren Josefo y Tácito.

«Hay otro prodigio que resaltó á vista de todo el pueblo, y tal, que ninguno había visto cosa semejante: Cuatro años antes de la declaración de la guerra—dice Josefo—un hombre empezó á gritar: «Una voz ha salido de hacia el Oriente: una voz ha salido de hacia Occidente: una voz ha salido de hacia los cuatro vientos: voz contra Jerusalén y contra el templo: voz contra los recién nacidos y contra las recién casadas: voz contra todo el pueblo»—Y desde entonces no cesó nunca de gritar ni de día ni de noche: *¡Ay de tí, Jerusalén! ay de tí, Jerusalén!...* y ninguna otra palabra salió ya de su boca Al tiempo del último sitio de Jerusalén, se encerró en la ciudad, dando infatigablemente vueltas por las murallas, y gritando con toda su fuerza: *¡ay del templo! ay de la ciudad! ¡ay de todo el pueblo!* y al fin añadió: *¡Ay de mí mismo!* y le arrebató la vida una piedra lanzada por una máquina."

¡Misterio! Este profeta se llamaba JESUS.

¿Para qué detenerme en hablaros de los horrores, no superados aún, del sitio de Jerusalén, si todos los conocéis?--Es suficiente trazar en miniatura el tremendo cuadro: en el sitio murieron un millón y cien mil hombres: la desesperada lucha fué heróica, pero inútil, porque el mismo Tito se tenía por un simple instrumento de la justicia divina; en vano Juan de Giscala y Simón Bar Gioras combatían hasta romper sus espadas: los muertos insepultos, la sed, el hambre... ¡El hambre!

Un soldado sintió olor á carne, al cruzar una calle; entra en la casa y dice á la mujer que encuentra:--Mujer, tú comes carne, mientras que los defensores de la ciudad morimos de hambre--¿Cuál fué la respuesta de aquella infeliz? Debió ser espantable su rostro y de pantera su gesto cuando dijo al soldado:—Come también tú, pues aun queda para tí: yo como carne, pero es mía: es carne formada en mi seno: me estoy comiendo un hijo!.....

El templo, contra la voluntad del vencedor, es incendiado y se convierte en cenizas. ¡Desgraciada de tí, Jerusalén!

¿Todo ha concluído?—Tito se retira ya con el grueso de su ejército y deja á uno de sus generales el encargo de perseguir á los pocos judíos que pudieron escaparse del sitio y de otros que á ellos se unieron. El Fuerte de Masada pareció á los judíos el mejor lugar para su postrer esfuerzo contra los romanos, porque situado en una altura, amurallado por Herodes y abundando en alimentos, ofrecía alguna esperanza. Eleazar tomó el mando de la Fortaleza, y se peleó audazmente y se luchó con furor; pero Eleazar, viendo que todo era inútil, porque serían inevitablemente vencidos, hizo que en un lugar se reunieran todos los ancianos, mujeres, niños y enfermos, y juntando en otro á todos los guerreros, se desbordó en palabras de satánica elocuencia, exhortándolos á dar la muerte á los ancianos, las mujeres, niños y enfermos, hecho lo cual, ellos mismos se quitarían la vida, para no caer en manos de los vencedores. Se apodera el espanto de todos y protestan; pero Eleazar se sostiene y les dice que no sean tímidos, que también su propia madre está en la Fortaleza.....Y se da principio á la infernal hecatombe, y son llevados los cadáveres al centro del gran patio y son colocados unos sobre otros. Faltaban los guerreros: reu-

nidos otra vez, prevalece la opinión de que mejor fuesen uno á uno degollados y que el último se suicidara. . . .

Y se hizo así; pero Eleazar fué el último. Como una furia salida de los abismos, amontona cuidadosamente los exangües cuerpos y cubre aquella pira de cadáveres con largas y ricas púrpuras del tesoro de Herodes: sube á la muralla, los romanos ya avanzan, pero avanzan con espanto y temor: las águilas imperiales sienten frío en sus grandes alas ante el silencio y soledad de aquella siniestra muralla: se aproximan más y Eleazar aplica fuego por varias partes al montón de cadáveres. Humo densísimo y llamaradas de carne ardiendo se levantan luego: el primer romano que pisa la muralla ve á un hombre caer entre las llamas: era Eleazar que se arrojó sobre ellas!

Cuando los romanos se posesionaron del Fuerte, apareció una anciana enflaquecida y casi moribunda, que se había escondido bajo la piedra de una cisterna, y que al ser interrogada contestó:—Yo soy la única superviviente en este lugar de muerte. Dios me ha guardado para dar testimonio de las palabras del Mártir de Israel: ¡Dichosas las mujeres que no tuvieron hijos! . . . .

¡Qué terrible, señores, es la justicia de Dios sobre las naciones delincuentes!

¿Se convirtió el pueblo judío?—No! Había sido reprobado por su crimen y en todo el curso de los siglos, hasta el día de su nueva plenitud—anunciada por el Apóstol—en que entrará en el redil, para reconocer al mismo que clavó en cruz infame y desconoció y persiguió con rabioso furor. La Iglesia espera ese gran día y no tardará su aurora en albear los cielos. El judaismo es todavía enemigo de Jesús y emplea contra El tesoros de incalculable cuantía: dueño de las grandes vías de comunicación nacionales, europeas é internacionales; árbitro de las operaciones de Bolsa; dominando en el periodismo y dirigiendo la política de las naciones, particularmente por medio de la infame y audaz masonería; su odio á Cristo se ostenta sin disfraz y se infiltra en millares de ánimos incautos, que, si yo los limito á millares, el Profeta dice que su número *es infinito.*

¿Será la resistencia judaica la que invencible sea para la Iglesia? Vencidos el demonio y el paganismo ¿nunca los judíos conocerán la verdad?

Señores: la Iglesia vencerá todas las resistencias, pasará sobre todos los obstáculos y dominará todo poder que se oponga á su marcha triunfante sobre el camino en que sus enemigos le declararon la guerra, con la ilusión vana de vencerla. El judaismo *caerá*, pero su caída se llamará *triunfo*, porque habrá tornado á ser el pueblo de Jehová, el pueblo de Dios: "*Videbunt in quem transfixerunt:*" adorarán al mismo del que el apóstol S. Pablo, (Rom. IX.-11, etc) dice: "¿Han caído, pues, los judíos para no volver jamás á levantarse? No lo quiera Dios. Pero su caída ha causado la salud de los gentiles, á fin de que ésta les cause emulación. Que si su caída ha sido la riqueza de los gentiles, ¿qué gracia no veremos resplandecer cuando *volverán ellos con plenitud?* Si su reprobación ha sido la reconciliación del mundo, su nueva vocación ¿no será una resurrección de muerte á vida?"

El Espíritu Santo hace ver á S. Pablo que esta bienaventurada restitución de los judíos será efecto del amor que Dios ha tenido á sus padres. Por eso acaba así su razonamiento: "*En cuanto al Evangelio que ahora os predicamos, los judíos son enemigos por causa vuestra; pero en cuanto á la elección,* SIEMPRE PERMANECEN EN SU AMOR *por causa de sus padres.*"

Por este profundo consejo de Dios, subsisten aún los judíos entre las naciones en que están esparcidos y cautivos; pero subsisten con el carácter de su reprobación, decaídos visiblemente por su infidelidad de las promesas hechas á sus padres, desterrados de la tierra prometida, sin tener ni aun tierra que cultivar, esclavos en cualquiera parte que se hallan, sin honor, sin libertad, sin figura alguna de pueblo ni carácter alguno de estimación. En este miserable estado cayeron treinta y ocho años después de haber empleado en perseguir á sus discípulos el tiempo que se les dejó para arrepentirse. Pero en tanto que el antiguo pueblo está reprobado por su infidelidad, se aumenta el nuevo todos los días, entre los gentiles. La alianza hecha en otro tiempo con Abraham se extiende,

según la promesa, á todos los pueblos que habían olvidado á Dios. La Iglesia cristiana llama á El á todos los hombres y, tranquila durante muchos siglos, entre persecuciones inauditas, les enseña á no esperar su felicidad sobre la tierra.—(*Bossuet*).

Aguardamos confiados la gloria de ese día en que, al nombre divino de Jesús, toda rodilla se doblará en los cielos, en la tierra y en los abismos.

FIAT, FIAT.

CONFERENCIAS

SOBRE HISTORIA ECLESIASTICA
PREDICADAS EN EL

Templo de Sta. Mónica

DE ESTA CIUDAD, POR EL SR. PRESBITERO BR.

D. JOSÉ SALOMÉ GUTIÉRREZ.

(PROPIEDAD DEL SEMINARIO)

GUADALAJARA
TIPOGRAFIA DE "EL REGIONAL".—D. JUAN MANUEL Y ALHONDIGA.
1908.

Cuarta Conferencia

Resistencias Judaicas.

Señores:

Tan numerosas y tan grandes fuerzas de oposición á Jesucristo hemos hallado en el mundo pagano y en la acción diabólica, que ya parece que no encontraríamos otra digna de ocupar vuestra atención en esta Conferencia; pero no es así: las resistencias judaicas reclaman particular estudio, por ser excepcional todo en el pueblo todavía de Dios, y que dejaría en breve de serlo.

Si reflexionáis profundamente en esta sola circunstancia, tendréis el secreto de tamaña resistencia, que se prolonga hasta hoy. Notad bien que hay entre judíos y paganos un motivo de orden sobrenatural, que atenúa en estos la oposición y la convierte en aquellos en tenacísima obcecación: el llamamiento de los pueblos gentiles al conocimiento de la verdad y la reprobación de los judíos, por el deicidio. Cierto que el paganismo resistiría muchos años, pero las profecías iban á cumplirse y Jesucristo recibía ya, en el pesebre, las primicias de la gentilidad; el anciano sacerdote lo muestra como Luz que se revelará á todas las naciones, iluminando á los que estaban sentados en tinieblas y sombra de muerte; una mujer idólatra y pagana, con tanta fé le pide un milagro, que lo al-

canza: se preparaban los caminos del Señor, y pronto el Divino Espíritu, derramado sobre toda carne, convertiría en hijos de Abraham á los más empedernidos paganos. Así todas las profecías que á ellos se refieren expresan el llamamiento, la vocación á una gracia que será correspondida. Jesucristo reinará y los límites de su reino serán los términos de la tierra: sus hijos vendrán de lejos y brotarán hijas á su lado. ¿Véis cómo la resistencia pagana se atenúa y debilita en gran manera?

¡Qué diferencia con la casa de Israel, de la cual solamente habrían de salvarse los restos! Los profetas anunciaron el tremendo castigo y la ceguedad sin ejemplo de este pueblo misterioso, conocedor único del verdadero Dios y que aun enmedio de sus grandes prevaricaciones era celador de su ley y guardador de la suma reverencia que á su santo nombre debe toda criatura que sabe pronunciarlo. Pero la luz brilló en las tinieblas, y las tinieblas no lo comprendieron; no entendió Jerusalén lo que era su bien y sacrificó á su benefactor, rechazando el beneficio. Se levantaba un pueblo nuevo, pueblo de adquisición, generación de santos, redimidos no á precio de oro corruptible, sino con la sangre del Cordero de Dios, al mismo tiempo que era reprobado aquel pueblo del que decía Jesucristo: Será quitado á vosotros el reino de Dios, y será dado á quien haga frutos dignos de él; pueblo que pidió en clamoroso vocerío que la sangre divina cayera sobre él para siempre y al que S. Esteban, el primero de los mártires, reprendería con estas palabras: «vosotros resistís siempre al Espíritu Santo».

No penséis, sin embargo, que tal reprobación viniese de sólo Dios: el castigo es de Dios que no falta en su justicia (*justitia ante eum ambulabit*); pero la culpa es del pueblo (*perditio tua ex te, Israel*): «la perdición tuya, de tí ha venido, Israel».

Insisto en estas consideraciones, como si dijéramos, *en defensa de Dios*, porque hay entendimientos refractarios á la idea del castigo, aun abiertamente provocado, y no saben salir de la mezquina estrechez de los intereses egoístas de la carne que nada entiende en los secretos de Dios y se consterna y conturba al solo nombre de justicia y de

castigo. Jesucristo, que hundía su mirada en las tinieblas de las dilataciones del tiempo y en los abismos sin luz de las inteligencias rebeldes, protestó, en formas diferentes, contra los ultrajadores de la infinita piedad: «Al que venga á mí—clamaba—no lo arrojaré fuera». —«Venid á mí todos».

Y ¿quién no ha sentido alguna vez correr por sus mejillas un llanto inevitable, por lo muy dulce que es verterlo?

El Salvador, á paso rápido, avanzaba hacia Jerusalén que lo esperaba con hosannas y con palmas, que habían de trocarse luego en blasfemias y en tormentos; y cuando á lo lejos divisó la ciudad, se detuvo, y lloró . . . ¡Llanto de misericordia y de amor, llamamiento supremo á los ingratos y último esfuerzo de la divina piedad para salvarlos! Y usando de la bella comparación de la gallina que reune sus polluelos y los abriga con sus alas, se quejó amargamente de la dureza de aquel pueblo, que hubiera aún en ese día alcanzado el perdón, si hubiera conocido el don de Dios. Poco después, el pueblo judío fué reprobado y llegaron á terrible cumplimiento las tremendas profecías que sus videntes le habían dicho en el nombre del Señor.

A la luz de estas consideraciones, vemos que las resistencias judaicas debieron ser, como lo fueron y son, más difíciles de vencer en los individuos y moralmente imposibles de dominar en toda la nación, por lo cual son mayores que las opuestas por el paganismo.

A este motivo de orden sobrenatural, se unen otros de orden puramente humano, pero íntimamente ligados al interés religioso. Desde la caída de los Asmoneos, por el arbitraje de Pompeyo entre Hircán y Aristóbulo, que se hacían la guerra por el sacerdocio, á que estaba anexa la dignidad real, el cetro de Judá pasa à Herodes, el Idumeo, llamado el Grande, y comienza la dominación romana, perdiendo á la vez los judíos el apoyo de Siria, convertida en provincia por el mismo Pompeyo, que destronó á Antioco, el último rey. En tanto Herodes, profesando en apariencia la religión judaica, desplegaba una política devastadora y tiránica. El ilustre Obispo de Meldense